

12. ¿POR QUÉ AHORA? ¿QUÉ VENDRÁ A CONTINUACIÓN? NAOMI KLEIN Y YOTAM

MAROM CONVERSAN SOBRE OCCUPY WALL STREET

[Artículo publicado en *The Nation*, 9 de enero de 2012, accesible en <http://www.thenation.com/article/165530/why-now-whats-next-naomi-klein-and-yotam-marom-conversation-about-occupy-wall-street>. Traducción de Joan Quesada.

Naomi Klein es periodista, activista y autora de *La doctrina del shock: ascenso y declive del capitalismo*, y *No Logo*. Escribe una columna periódica en *The Nation* y *The Guardian*. Yotam Marom es organizador político, educador y escritor afincado en Nueva York. Ha participado activamente en Occupy Wall Street, y es miembro de la Organización por una Sociedad Libre (Organization for a Free Society). La conversación que aquí publicamos tuvo lugar en Nueva York y se publica con la autorización de *The Nation*.]

Naomi Klein: Una de las cosas más intrigantes del momento que estamos viviendo es: ¿por qué ahora? La gente llevaba un par de años oponiéndose a las medidas de austeridad y denunciando los abusos de los bancos, básicamente con el mismo análisis: «no pagaremos vuestra crisis». Y sin embargo, parecía que la cosa no despegaba, al menos en los Estados Unidos. Había manifestaciones y había proyectos políticos, y había también protestas como las de Bloombergville, pero todo ello pasaba bastante desapercibido. En realidad, nada tenía una escala masiva, nada era verdaderamente capaz de generar inquietud. Así pues, ¿cómo explicas tú eso, después de haber participado en Occupy Wall Street desde los inicios, y también en acciones anteriores contra las medidas de austeridad?

Yotam Marom: Bien, mi primera respuesta es: no tengo ni idea; nadie lo sabe. Sin embargo, creo que puedo lanzar algunas ideas. Pienso que hay varias cosas a las que debemos estar atentos cuando asistimos a un momento como este. Una es las condiciones existentes: paro, deuda, ejecuciones hipotecarias y muchas otras cuestiones a las que se enfrentan las personas. Todas esas condiciones son algo real, son pésimas, y no se pueden falsear. Otra de las

bases para que suceda algo así son los esfuerzos organizativos de las personas para preparar momentos como este. Nos gusta fantasear con este tipo de sublevaciones y grandes momentos políticos, pero estos solo ocurren tras una enorme cantidad de esfuerzos de organización que se producen cada día, en todo el mundo, en las comunidades verdaderamente marginadas que han de hacer frente a los peores ataques.

Así pues, esos son los dos tipos de prerequisites que un momento como este exige. Y después, cabe preguntarse, ¿cuál es el tercer elemento que hace que todo confluya? ¿Cuál es el desencadenante, el polvo mágico? Bueno, no estoy seguro de la respuesta, pero sí sé cuál es la sensación. Es como si algo se abriera, un espacio que nadie sabía que existía, y muchas cosas que antes eran imposibles ahora son posibles. Es como si algo se desatascara. De repente, toda clase de personas comenzaron a darse cuenta de que su lucha era esta misma lucha, empezaron a identificarse con ella, a sentir que era posible ganar, que hay alternativas, que las cosas no tienen por qué ser así. Pienso que eso es lo más especial.

NK: ¿Tienes la sensación de que está teniendo lugar un debate orgánico sobre un cambio de sistema económico? Es decir, sabemos que existe una dura crítica, airada y radical, de la corrupción y de la apropiación empresarial del proceso político. Se están produciendo enérgicas denuncias. Lo que no está tan claro es en qué medida la gente se está preparando para construir de hecho algo nuevo.

YM: Sí, decididamente creo que nos encontramos en un momento único de desarrollo de un movimiento que no es únicamente un movimiento de protesta contra algo, sino que es también un intento de construir algo nuevo que lo sustituya. Potencialmente, se trata de una versión muy incipiente de lo que yo llamaría un movimiento de poder dual, que es un movimiento que, por un lado, intenta crear los valores y las instituciones que querríamos tener en una sociedad libre, mientras que, al mismo tiempo, genera un espacio para que ese mundo llegue a existir al resistir y dismantelar las instituciones que obstaculizan su consecución. La ocupación en general, como táctica, es una forma fantástica de lucha de poder dual, porque la ocupación es tanto un lugar

en el que poner en práctica las alternativas —mediante la democracia participativa, las bibliotecas radicales, la tienda médica en la que todos pueden recibir tratamiento... todo a pequeña escala— y es también un campo base para la lucha contra el exterior. Es donde se genera la lucha contra las instituciones que nos privan de lo que necesitamos, contra los bancos y los representantes del capitalismo financiero, contra el Estado que protege e impulsa todos esos intereses.

Es sorprendente, y realmente da muchos ánimos, porque es algo que faltaba en muchas luchas del pasado. Normalmente, tienes una cosa o la otra. O tienes instituciones alternativas, como eco-pueblos y cooperativas alimentarias, por un lado, o movimientos de protesta y demás contrainstituciones, por el otro, como los grupos pacifistas o los sindicatos. Sin embargo, raras veces ambas cosas se funden o llegan a darse cuenta de que se trata de una misma lucha. Y rara vez tenemos movimientos que quieran hacer ambas cosas, que las consideren inseparables, que comprendan que las alternativas tienen que luchar, y que la lucha debe realizarse de forma tal que represente los valores del mundo que queremos crear. Así pues, creo que se trata de un hecho absolutamente radical y fundamental, que tiene un potencial enorme.

NK: Estoy completamente de acuerdo con que la clave es esa combinación de resistencia y alternativas. Un amigo mío, el activista británico por el medioambiente y las artes John Jordan, habla de las utopías y la resistencia como la doble hélice del ADN del activista, y dice que cuando la gente se limita a apartarse e intentar construir su utopía, sin participar en los sistemas de poder, es cuando se vuelve totalmente irrelevante, y también cuando se vuelve absolutamente vulnerable al poder estatal y, con frecuencia, acaba siendo aplastada. Y, simultáneamente, cuando uno se limita a protestar, a resistir, y no cuenta con esas alternativas, creo que es como un veneno para los movimientos sociales.

Aun así, yo continúo preguntándome sobre las políticas correctas, sobre cómo dar el salto de esas alternativas a pequeña escala a los grandes cambios de políticas que permitirían que estas fueran capaces de transformar la cultura. Mucha gente se ha dado cuenta de que el sistema está tan deteriorado que, en verdad, de lo que se trata ya no es de a quién votamos para ocupar los cargos.

Una de las formas de responder a esta situación es decir: «de acuerdo, no vamos a crear un partido político ni a intentar llegar al poder, sino que vamos a examinar el sistema para identificar las barreras estructurales al cambio real, y vamos a defender objetivos políticos que tal vez empiecen a reparar todos esos defectos estructurales». Eso significa ocuparse de cuestiones como el modo en que las corporaciones financian las elecciones, y el papel de las empresas de medios de comunicación, y todo el tema de la personalidad corporativa en este país. Es posible encontrar luchas de defensa de unas pocas políticas clave que, posiblemente, crearían una situación en la que, dentro de diez años, la gente no vería como un absoluto cinismo la idea del cambio dentro del sistema político. ¿Tú qué piensas al respecto?

YM: Bueno, creo que tienes razón y que hay que encontrar la forma de hacerlo, pero han de ser formas que no pongan en peligro lo que hasta el momento ha tenido tanto éxito en este movimiento y en este momento, que es que se trata de un movimiento tan amplio que personas muy distintas pueden encontrar su lugar en él.

Pienso que, dentro del movimiento más general, todos tenemos un papel distinto, y Occupy Wall Street tiene también su papel particular. Personalmente, no quiero tener nada que ver con gente de grupos de presión ni candidatos políticos, tampoco quiero centrar todo mi tiempo en conseguir pequeños cambios de políticas, y no creo que sea ese el papel de Occupy Wall Street. Pero puedes estar segura de que espero que la gente que dedica su tiempo a eso salga y lo haga. Espero que sepan reconocer que lo que ahora está pasando es que se está creando un clima en el que ellos pueden presionar para que las cosas viren hacia la izquierda y conseguir mayores triunfos. Yo no voy a conformarme con todos los pactos que esa gente va a tener que aceptar, y no creo que solo con reformas vayamos a sobrevivir, pero estas también son necesarias. Si queremos una transformación real y significativa, hay que ir logrando victorias según vayamos avanzando, porque es así como podemos ofrecer a la gente los cimientos sobre los que proseguir con la lucha a largo plazo, y es así como podemos crecer hasta alcanzar la masa crítica necesaria para, al final, romper con este sistema.

Mientras tanto, nuestro papel como Occupy Wall Street debería ser el de soñar con mucho más que eso. Creo que nuestra tarea consiste en mirar hacia la lejanía, reivindicar una visión, crear alternativas e intervenir en los procesos políticos y económicos que gobiernan la vida de las personas. Debemos reconocer que las instituciones que rigen nuestras vidas tienen verdadero poder, pero no necesariamente debemos participar en ellas según sus propias reglas. Pienso que el papel de Occupy Wall Street es entorpecer todos esos procesos para evitar que utilicen su poder, así como crear espacios para las alternativas que pretendemos construir. Y, entonces, si los políticos u otras personas que se sienten solidarias con este movimiento desean sumarse a él, deberían utilizar el movimiento para obtener todas aquellas cosas que pueden hacernos más fuertes a largo plazo. Y ahora tienen la oportunidad de hacerlo.

NK: Hay una cosa que me tiene dividida, ¿sabes? Por un lado, Occupy Wall Street es tan amplio que una enorme variedad de gente ha encontrado su lugar bajo una misma carpa. Y tiene cierto valor contar con un movimiento capaz de intervenir en el discurso político en ciertas coyunturas clave. Es especial porque, si miramos lo que está sucediendo en Europa en estos momentos, creo que debemos ir preparándonos para el siguiente shock económico. Es muy importante que, cuando llegue la siguiente tanda de medidas de austeridad, exista un movimiento de masas listo para decir: «De ningún modo. No pagaremos. Si necesitáis dinero, cobradle impuestos al 1 % y recortad el gasto militar; no recortéis la educación ni las cartillas de alimentos».

Pero hay una cosa que debe quedar clara: eso no es hacer que las cosas mejoren, sino tan solo procurar evitar que empeoren mucho más. Para hacer que las cosas mejoren, hay que plantear reivindicaciones en positivo.

Mira, por ejemplo, las protestas chilenas. Es un movimiento notable, y enormemente significativo desde la perspectiva histórica, porque marca realmente el fin de la dictadura chilena, más de veinte años después de que esta terminara de hecho. Pinochet estuvo tanto tiempo en el poder, y tantas de sus políticas quedaron vigentes durante una transición negociada, que la izquierda en Chile no se ha recuperado de verdad hasta que esta generación de jóvenes ha salido a la calle. Y han salido a la calle estimulados por unas medidas de austeridad que estaban perjudicando gravemente la educación. Sin

embargo, en lugar de decir: «estamos en contra de las últimas medidas de austeridad», lo que han dicho es: «defendemos la educación pública y queremos revertir todo el programa de privatizaciones». Tal vez parezca una reivindicación limitada, pero han sabido traducirla en términos más generales de desigualdad. Lo han hecho al demostrar que la privatización de la educación en Chile, y la creación de un atroz sistema educativo con dos categorías bien diferenciadas, solo exacerbaba y perpetuaba la desigualdad. Las protestas han puesto en pie al país entero, y ahora ya no se trata tan solo de un movimiento estudiantil. Las circunstancias son completamente distintas de las de Occupy Wall Street, porque el movimiento se inició a partir de una reivindicación. Sin embargo, demuestra que, si la reivindicación es lo bastante radical, esta puede inaugurar un debate mucho más amplio sobre cuál es el tipo de sociedad que queremos tener.

Creo que es más una cuestión de visión que de reivindicaciones. Lo que me preocupa es que haya tantos grupos que intentan cooptar al movimiento y pretenden recaudar dinero aprovechando sus esfuerzos, que el movimiento se defina por lo que no es más que por lo que es o, aún mejor, por lo que podría llegar a ser. Si el movimiento se encuentra constantemente en la tesitura de tener que decir: «no, no somos vuestros peones; no somos esto; no somos aquello», el peligro es que quede anclado en una identidad defensiva que le ha sido impuesta desde el exterior. Creo que algo así es lo que le ha sucedido al movimiento de oposición a la globalización corporativa después de Seattle, y odio ver cómo se repiten los mismos errores.

YM: Creo que tienes razón en eso. Y tienes razón también en el tema de las reivindicaciones en contraposición a la visión. Nosotros no tenemos reivindicaciones del tipo de las que les gustaría oír a otras personas. Pero está claro que tenemos reivindicaciones, está claro que queremos cosas. Cuando reclamamos que una vivienda ejecutada le sea entregada a una familia que también ha perdido la suya por ejecución de la hipoteca, o cuando organizamos a los estudiantes para que escenifiquen *flashmobs* en los bancos que los tienen endeudados, o cuando los activistas ecologistas entran en los bancos que invierten en carbón y se tumban en el suelo fingiendo que están muertos; todas ellas son formas de dar voz a nuestras reivindicaciones mediante un nuevo

lenguaje de resistencia. Occupy Wall Street es realmente una gran carpa que no tiene una sola voz, pero eso no significa que los otros grupos desaparezcan cuando entramos en ella. Sigue habiendo grupos de defensa del derecho a la vivienda que exigen el fin de las ejecuciones hipotecarias, o sindicatos que reclaman trabajos decentes, etc. Intentamos construir un movimiento en el que grupos e individuos tengan autonomía para hacer lo que deben hacer y librar las batallas que deben librar, a la vez que se solidarizan con algo mucho más grande y de más alcance, algo radical y visionario. Y eso es parte del motivo por el que tener una visión resulta tan importante, ya que es esa visión la que conecta todas esas luchas.

Aun así, creo de verdad que hay que conseguir cosas, tienes toda la razón en eso. Supongo que, tal y como yo lo veo, estamos a punto de experimentar una transición de lo simbólico a lo real —o eso espero—, tanto por lo que respecta a la creación de alternativas como en lo tocante a la oposición. Hay que exigir viviendas, no solo como un símbolo, sino para que la gente viva en ellas. Hay que abrir los hospitales que han cerrado y poner médicos. Y lo mismo hay que hacer con las luchas de oposición: hay que poner obstáculos a que los negocios continúen operando como siempre han hecho, pasar de la protesta a la resistencia. Lograremos tener verdadero impacto cuando el Congreso no pueda aprobar sus leyes porque la resistencia es demasiado grande, porque la gente sale a la calle. Tendremos verdadero impacto cuando no nos limitemos a bailar en vestíbulos de sucursales bancarias, sino que bloqueemos la entrada a las sedes centrales donde los bancos diseñan sus políticas. Debemos forzar a quienes diseñan las políticas a reevaluar sus decisiones, y debemos edificar el poder necesario para sustituir todas esas políticas, no solo su contenido, sino también su forma. Si solo se tratara de cambiar el lenguaje y la cosa quedara ahí, perderíamos una oportunidad increíble de tener un efecto real sobre la vida de las personas, de una manera significativa. Esto no es un juego. Una sociedad donde hay viviendas vacías y gente sin hogar es una cosa básicamente repugnante, y es inaceptable; no se puede permitir. Y lo mismo se puede decir de todo lo demás: la guerra, el patriarcado, el racismo. Tenemos una responsabilidad increíble.

NK: Y nadie sabe cómo hacer lo que estáis intentando hacer. Tal vez se pueda apuntar a Islandia, o a algunas de las cosas que sucedieron en Argentina, pero esas son luchas nacionales, ubicadas en cierto modo en la periferia del sistema. Ningún movimiento ha logrado desafiar con éxito al capital global hipermóvil en su propio lugar de origen. Por eso, todo lo que ahora estamos comentando es tan nuevo que produce pavor. Creo que la gente debería admitir que siente pánico y no sabe cómo hacer lo que sueña con hacer, porque, si no, su pánico —o, más bien, el *nuestro*— afectará de forma subconsciente a nuestras políticas, y podemos acabar en una situación en la que la gente diga: «no, no quiero estructura alguna», o «no, no quiero hacer ninguna reivindicación que hable de políticas, ni quiero tener nada que ver con la política», cuando lo que pasa realmente es que uno está cagado de miedo porque no tiene ni idea de cómo hacer las cosas. Así que, tal vez, si todos admitimos que estamos entrando en territorio ignoto, ese pánico pierda parte de su fuerza.

YM: Sí, eso es muy importante. Estamos inventando todos juntos. Lo que acabas de decir me ha hecho recordar un momento que creo que fue para mí un punto de inflexión. Cuando llevaba unas tres semanas participando en la ocupación, sentado debatiendo con un grupo de gente que acababa de conocer, reflexionábamos sobre el movimiento y adónde se dirigía, y recuerdo que en un instante de delirio pensé: «Vaya, estamos venciendo». Era surrealista. Y, a esa idea, le siguió inmediatamente una pregunta: «Y entonces, ¿qué es lo que queremos?». No habíamos ganado demasiado, ¿sabes?; ni aún hoy hemos ganado mucho, y no estamos más próximos en absoluto a la sociedad en que querríamos vivir. Aun así, yo tenía la sensación de que el discurso estaba cambiando, de que todo el mundo estaba pendiente de nosotros, de que ante nosotros se abrían muchas posibilidades. Era la primera vez que sentía eso, y creo que era la primera que sentían algo parecido la mayoría de personas que están vivas aquí y en este momento. Y, realmente, eso me dio muchas fuerzas; de verdad que me cambió la vida, pero también fue un instante terrorífico, porque, vaya, eso significa que esto va de verdad, que es mucho lo que hay en juego. No es una broma.

Retomando el hilo de lo que es posible y lo que no: todo eso era imposible hace tan solo unos cuantos meses. Era inconcebible. Y así lo sentía yo, personalmente, cosa que me convertía en un cínico. Aprendí mucho de eso. Resulta que sabemos muy poco de qué es lo posible. Es toda una lección de humildad, muy importante, y abre muchas puertas. Y tú, ¿qué crees que es posible?

NK: En primer lugar, en este momento se están abriendo posibilidades que yo jamás antes había visto, porque nunca había habido tanta gente de nuestro lado como ahora. Quiero decir que, en Seattle, no teníamos tanto seguimiento. Éramos marginales. Siempre lo habíamos sido, porque estábamos en un momento de *boom* económico. Ahora, el sistema ha violado sus propias normas de forma tan desafiante que ha perdido toda credibilidad. Y lo que hay es un vacío. Existe un vacío para que otras voces que sean creíbles vengan a llenarlo.

Personalmente, creo que las mayores posibilidades están en vincular crisis ecológica y crisis económica. Pienso que el cambio climático es la expresión última de la violencia del capitalismo: el modelo económico que idolatra la codicia por encima de todo lo demás no solo está haciendo que la vida sea peor a corto plazo, sino que va camino de hacer que el planeta sea inhabitable a medio plazo. Y sabemos científicamente que, si continuamos con el mismo régimen económico, ese es el futuro que nos espera. Creo que el cambio climático es el argumento más poderoso que ha habido jamás contra el capitalismo, y el mayor argumento a favor de la necesidad de contar con alternativas a este. Y la ciencia nos ha puesto un plazo: tenemos que empezar a reducir drásticamente las emisiones antes de que acabe esta década, lo que significa que debemos comenzar ahora mismo. Creo que ese plazo basado en la ciencia tiene que estar presente en cualquier debate sobre qué es lo que vamos a hacer a continuación, porque, de hecho, no tenemos todo el tiempo del mundo.

También deberíamos ser conscientes de que ese tipo de urgencia existencial podría resultar ser una fuerza muy regresiva si la utiliza la gente equivocada. Es fácil imaginar a autócratas utilizando la urgencia climática para decir: «no tenemos tiempo para democracias ni para participación, lo que hay que hacer

es imponerlo todo desde arriba». Ahora mismo, la forma que tiene el movimiento ecologista convencional de utilizar dicha urgencia es decir: «es un problema tan imperioso que lo que único que podemos pedir son esos acuerdos sobre derechos de emisión, ya que es todo cuanto se puede lograr políticamente». Hablar de la relación entre crecimiento económico y cambio climático está fuera de lugar, se supone, porque no tenemos tiempo de realizar cambios tan profundos.

Y sin embargo, ese es un cálculo político previo a Occupy Wall Street. Como tú mismo has señalado, Occupy Wall Street pretender cambiar cuanto sea posible. Por eso, cuando hablo con grupos ecologistas, les digo: imaginaos lo que sería posible si el movimiento contra el cambio climático no estuviera solo ahí fuera, sino que formara parte de una rebelión política mucho más amplia de oposición a un modelo económico basado en la codicia. Porque, en ese contexto, es realista hablar de cambiar este sistema. Es mucho más realista, de hecho, que presionar a favor de planes corruptos, como el de comercio de derechos de emisión, que sabemos que no tienen ninguna posibilidad de llevarnos adonde la ciencia nos dice que debemos ir.

También me ilusiona que, en los diez años transcurridos desde que el movimiento llamado antiglobalización alcanzara su máximo auge, ha habido muchas iniciativas que prueban que la relocalización económica y la democracia económica son tan posibles como deseables. Solo hay que fijarse en la explosión del movimiento por los alimentos locales, de la agricultura de base comunitaria y de los mercados de productos agrícolas locales. O en el movimiento de cooperativas verdes. O en los proyectos comunitarios de abastecimiento con energía eólica y solar. Además, hay ciudades como Detroit, Portland o Bellingham, que están trabajando en múltiples frentes para relocalizar sus economías. La cuestión es que hay ejemplos actuales, que se pueden aducir, de comunidades que han sorteado la crisis económica mejor que aquellos lugares que todavía dependen de unas pocas grandes corporaciones multinacionales, y que podrían quedar asolados de la noche a la mañana si esas multinacionales cerraran las puertas. Y, más importante aún, muchos de esos modelos atajan simultáneamente la crisis económica y la ecológica: crean empleo, reconstruyen la comunidad y, a la vez, reducen las emisiones y la dependencia de los combustibles fósiles.

Volviendo a la idea de considerar la resistencia y la creación de alternativas como cadenas gemelas de ADN, veo posible un futuro en que el elemento de resistencia de Occupy Wall Street pudiera empezar a dar apoyo a las políticas que todas esas alternativas económicas necesitan para pasar al siguiente nivel.

Así pues, es ahí donde yo veo un gran potencial, tanto una enorme fuerza potencial, como una gran pérdida potencial, en términos de oportunidades perdidas. ¿Tú qué opinas?

YM: Yo creo que existen más posibilidades ahora de las que yo nunca habría imaginado. Creo que, en un futuro no muy distante, podemos alcanzar muchos logros que realmente mejoren la vida de las personas, podemos seguir cambiando el paisaje político y podemos convertirnos en un movimiento de masas, con fuerza para proponer otro tipo de mundo y luchar por él. Creo que esto es solo el principio, y existe un gigantesco potencial. Y también veo ese otro tipo de posibilidades a largo plazo. Pienso que podemos alcanzar una sociedad verdaderamente libre. Creo que es absolutamente posible tener un sistema político y económico que podemos decir que realmente controlamos democráticamente, que participamos en él, que es igualitario y liberador, donde las personas, las comunidades y las familias tengan su autonomía y, a la vez, sean solidarias entre sí. Pienso que es posible, y necesario. Eso es lo maravilloso de este momento y de este movimiento, supongo. Ahora mismo, aquí sentado, no puedo ni imaginar los límites de lo que es posible.